



Resistencia a la Memoria: los usos y abusos del olvido público

Andreas Huyssen

Intercom - Porto Alegre, 31 de Agosto de 2004

En la cultura contemporánea, obcecada como está con memoria y con traumas sobre genocidio y terror de estado, el olvido tiene una ‘mala’ prensa. El olvido puede describirse como el fracaso de la memoria e implica un rechazo o inhabilidad para comunicar. A pesar de que algunos argumenten que nuestra cultura está demasiado centrada en el pasado, el olvido permanece bajo una sombra de desconfianza y se ve como un fracaso evitable o como una regresión indeseable. Por otro lado, la memoria puede ser considerada crucial para la cohesión social y cultural de una sociedad. Cualquier tipo de identidad depende de ella. Una sociedad sin memoria es un anatema.

La imagen negativa del olvido, no es, por supuesto, ni sorprendente ni especialmente nueva. Podemos observar una fenomenología de la memoria, pero con certeza no tenemos una fenomenología del olvido. La falta de atención sobre el olvido puede ser documentada en la filosofía desde Platón hasta Kant, desde Descartes hasta Heidegger, Derrida y Umberto Eco, que una vez rechazó, sobre la base de la semiótica, que podría haber algo así como un arte de olvidar, análogo al arte de la memoria.ⁱ

La larga historia sobre el olvido ha sido magistralmente descrita en la reciente obra de Harald Weinrich, *Lethe: Kunst und Kritik des Vergessens* (1997).ⁱⁱ Weinrich postula un "ars oblivionis" en analogía a la obra de Frances Yates: *Art of Memory*.ⁱⁱⁱ El trabajo de Weinrich se relaciona a *La mémoire, l'histoire, l'oubli* (2000) de Paul Ricœur, en que Ricœur observa que hablamos sobre la obligación de recordar, pero nunca del deber de olvidar.^{iv} Estamos refiriéndonos con facilidad a una ética del trabajo de la memoria, pero probablemente negando que también podría haber una ética, mucho más que simplemente una patología del olvido. Memoria, de cualquier forma, parece requerir esfuerzo y trabajo, olvido, al contrario, simplemente acontece.

En consecuencia, la demanda moral para recordar ha sido articulada en contextos religiosos, culturales, y políticos, pero, excepto Nietzsche, nadie hizo nunca una tentativa de elaborar una ética del olvido. Tampoco lo voy a hacer aquí, pero es claro que necesitamos ir más allá del "sentido común" binario que supone un abismo irreconciliable entre el olvido y la memoria.^v Debemos ir también más allá de la tesis contenida en la paradoja que el olvido es constitutivo de la memoria. Reconocer esta paradoja, a menudo, implica concordar con el continuo predominio de la memoria sobre el olvido. Tomemos un caso: *Sein und Zeit* de Heidegger. En una pequeña nota aparte, Heidegger reconoce que la memoria solo es posible a partir del olvido y no al contrario.

Al mismo tiempo, argumenta que el poder del olvido (*die Macht des Vergessens*) es destructivo e inauténtico, mientras que solamente *Erinnerung* tiene autenticidad.^{vi} En otras palabras, algo inauténtico y destructivo constituye la base de lo que es más altamente valorizado en la filosofía: *Erinnerung*. Debe haber alguna sabiduría real en la anotación marginal de Heidegger. Su principal argumento, sin embargo, nos previene de explorar casos específicos en que el olvido pueda tener su legitimidad consistentemente negada en el pensamiento político, filosofía y literatura. Es útil recordar la patología de la memoria total, tal como Borges la describe de manera tan brillante en su historia *Funés, el memorioso*, reconocer que el olvido, en su amalgama con la memoria, es crucial para ambos: conflicto y solución en las narrativas que componen nuestra vida pública e íntima. El olvido no solamente hace 'vivable' la vida sino que es la base para los milagros y epifanías de la memoria.

Weinrich y Ricoeur, en su tentativa de teorizar sobre el olvido, cuentan una historia antigua, pero el olvido en nuestro mundo post siglo XX, carga un fardo bien específico. Ambos autores responden a las presiones de nuestro tiempo, dando un papel relevante a la memoria de Shoah en sus trabajos. En el penúltimo capítulo de Weinrich, el autor aborda textos de Eli Wiesel, Primo Levi, y Jorge Semprun; Ricoeur, preocupado como está con la abundancia simultánea de la memoria y el exceso del olvido en la cultura media contemporánea, coloca en primer plano esta preocupación pública como el principal incentivo para escribir *La mémoire, l'histoire, l'oubli*. Pero al final, la fenomenología del olvido que Ricoeur ofrece es todavía solamente un pequeño capítulo final en un libro dedicado a historia y memoria. Sin embargo, nos permite diferenciar entre formas de olvido, tal como se desempeñan en las esferas políticas y públicas.

II

Como Ricoeur, yo también quiero ir más allá de la oposición simplista entre recordar y olvidar, estableciendo diferencias entre formas de olvido. Es necesario localizar el olvido en un campo de términos y de fenómenos tales como silencio, ausencia de comunicación, desarticulación, evasión, apagamiento, erosión, represión — todos los cuales revelan un espectro de estrategias tan complejas como las de la memoria. Ricoeur sugiere algunas distinciones básicas: olvido como *mémoire empêchée* (memoria impedida), que es primeramente relacionada a la del inconsciente Freudiano y la repetición compulsiva; segundo, olvido como *mémoire manipulée* (memoria manipulada) que es inherentemente relacionada a la narratividad, en el sentido que cualquier narrativa es selectiva e implicará, pasiva o activamente, un cierto olvido de como la historia podría haber sido contada de manera diferente; tercero, *l'oubli commandé* (el comando para olvidar) u olvido institucional que se refiere, en este caso, a la amnistía. Me parece constructiva la tentativa de Ricoeur en definir modos de olvido, pero me gustaría tornar más complejos su segundo y tercer modos insertándolos en contextos históricos específicos.

Existe una política de olvido público que difiere de la que conocemos como simplemente represión, negación o evasión. Voy a presentar un caso histórico de olvido público – no en el sentido abstracto o genérico, sino con relación a situaciones concretas en que el olvido público era constitutivo de un discurso memorialista, políticamente deseable. Voy a analizar dos debates recientes en que memoria y olvido se implican en un *pas de deux* compulsivo: Argentina y la memoria del terror de estado, por un lado, y de otro, Alemania y la memoria de los bombardeos permanentes de las ciudades alemanas en la II Guerra Mundial. La relación política entre estos dos casos, geográfica e históricamente tan dispares es que en ambos, tanto el olvido como la memoria, ha sido crucial en la transición de la dictadura a la democracia. Ambos configuran una forma de olvido necesaria para las reivindicaciones culturales, legales y simbólicas en pro de una memoria política nacional. Especialmente en el caso alemán, estoy inclinado a hablar de una forma políticamente progresiva de olvido público. Al mismo tiempo, se reconoce que hay que pagar un precio por esa instrumentalización de la memoria y el olvido en el dominio público. Aún formas políticamente deseables de olvido darán resultados que distorsionan y erosionan la memoria.

El precio a pagar es comprensión, precisión y complejidad.

En pocas palabras: en Argentina había una dimensión política del pasado, a saber, los atentados en la guerrilla urbana a principios de la década de 70, tuvieron que ser ‘olvidadas’ (silenciadas, desarticuladas) para conseguir un consenso nacional de memoria que emerge en torno de la figura del *desaparecido* como víctima inocente.^{vii} En cambio, en Alemania, fue la dimensión de la experiencia de los bombardeos de las ciudades alemanas que tuvieron que olvidarse para admitir plenamente el Holocausto como parte central de la historia nacional y de auto-comprensión. Mi argumento aquí es que la memoria política en sí no puede funcionar sin el olvido. Esto es, al fin de cuentas, el significado de *oubli manipulé* de Ricœur que resulta de la inevitable mediación de la memoria a través de la narrativa. Pero, al contrario de Ricœur que define el *oubli manipulé* como el resultado de la *mauvaise foi* y un *vouloir-ne-pas-savoir*, yo diría que el olvido consciente y deseado puede ser el producto de una política que, en última instancia, beneficia a ambos: el *vouloir-savoir* y la construcción de una esfera pública democrática. Pretendo mostrar que así como el *oubli manipulé* no debe ser visto en una perspectiva exclusivamente negativa (dependiendo de quien es el que manipula y con que propósitos) el *oubli commandé* (amnistía) puede tener efectos justamente contrarios a las intenciones de sus defensores.

III

Argentina proporciona mi primer ejemplo para ambas proposiciones. Desde el fin de la dictadura militar en 1983, Argentina se ha empeñado en una lucha política, jurídica y simbólica para no olvidar el destino de los "desaparecidos," las casi 30,000 víctimas del terror de estado. El olvido era claramente confortable para una gran parte de la sociedad argentina, después de la caída del régimen en 1983. Pero la lucha intensa por los derechos humanos que llevó a reconocer la naturaleza criminal del régimen militar probó ser eficiente y con bastante éxito. Las convenciones legales fueron insuficientes al principio y fueron interrumpidas abruptamente por diversas leyes, culminando en la ley de amnistía del Presidente Menem, en 1990. Una ley reciente constituye un desafío por parte del nuevo presidente de Argentina Néstor Kirchner.

El recuerdo de la dictadura claramente fue crucial para el éxito de la transición a la democracia de Argentina, y la Argentina de hoy, a pesar de sus infortunios económicos,

mantiene debates sobre memoria más intensos que en cualquier otro país latinoamericano, donde había campañas militares de represión, tortura, y asesinatos durante las décadas de la Guerra Fría, a partir de los años 60--más intenso que en Brasil, Uruguay, Chile, Guatemala. Al mismo tiempo, el éxito y eficacia de la memoria política dependía de la forma del olvido que Ricœur llama *mémoire manipulée*. Y también implicaba una amnistía como un *oubli commandé* que acabó sirviendo para reforzar el apoyo moral de los activistas en derechos humanos.

Estoy seguro que Uds. están mucho más familiarizados que los norteamericanos o europeos con la historia de las luchas argentinas por justicia y derechos humanos, las protestas de las Madres de la Plaza de Mayo, así como el trabajo de la Comisión Nacional Argentina sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) y su colección oficial de testimonios de 1984, intitulada Nunca más.^{viii} Con la referencia enfática del título al discurso del Holocausto, la obra documenta con grandes detalles los horrores de la guerra sucia emprendida por la campaña paranoica de los militares contra la "subversión", así como una purificación nacional. Nunca más proporcionó las bases simbólicas y empíricas para el juicio posterior de la junta de generales en 1985. Con sus audiencias públicas, y la cobertura extensiva en la prensa, el juicio se tornó en un factor central para reestablecer el estado de derecho en Argentina. Junto con Nunca más, el juicio retiró legitimidad a la justificativa ex-post-facto del golpe contenida en la teoría de "los dos demonios," que tenía un relativo valor durante los años de Alfonsín, poco después de 1983.

Los dos demonios eran los escuadrones del terror de la derecha radical y el terror de la guerrilla urbana de izquierda, numéricamente casi insignificante, que nunca contó con más de 600-800 combatientes en todo el país. Se sostenía que ambos eran igualmente responsables por detonar el golpe militar. Esta teoría apologética de los dos demonios, que dio una legitimidad retrospectiva al golpe, ignoró convenientemente la relación obvia entre los escuadrones de la muerte y los militares, y dio rienda suelta a los simpatizantes y beneficiarios del régimen. Pero en ese momento, el surgimiento de un consenso fue recolocando poco a poco: habían ocurrido graves violaciones a los derechos humanos y se tomaba conciencia que ni la izquierda marxista ni la derecha radical nunca lo habían tomado en serio. Después de la derrota militar en las Malvinas, la victoria del discurso de derechos humanos era como una segunda derrota que se infligió a los militares. Pero a largo plazo, el éxito del discurso de

derechos humanos desde 1985 sacrificó la precisión histórica.

¿De qué forma? En el plano narrativo, Nunca más estableció la figura del *desaparecido* como víctima inocente del terror de estado. Esta estrategia "se olvida" de la dimensión política de la insurgencia izquierdista que la dictadura militar trató de erradicar. Este olvido era absolutamente necesario en la época por dos razones: primero, era necesario derrotar los argumentos de la defensa de los generales que se fundamentaba en el presupuesto de que el golpe y la represión habían sido causados por el terrorismo armado de la izquierda radical. Segundo y más importante, era necesario permitir a toda la sociedad argentina, incluyendo tanto a los que no participaban como a los que se beneficiaban de la dictadura, congregarse alrededor de un consenso nacional nuevo: la clara separación entre los que habían perpetrado los crímenes y las víctimas, los culpables y los inocentes. Este nuevo consenso construido a partir del reconocimiento de que los generales tales como Videla y Massera no hacían parte solamente del viejo estilo de dictadores latinoamericano, sino que se habían convertido en parte de la historia infame del siglo XX de "masacres administradas" (Hannah Arendt). Esta relación de la guerra sucia con otros campos de exterminio burocráticamente organizados del siglo XX explica la fuerte presencia del discurso del Holocausto en el debate argentino.

Es claro que el informe de la comisión ha condenado explícitamente toda violencia armada, tanto la del estado como la de la guerrilla de izquierda. Sin embargo, convirtiendo los 30000 *desaparecidos* en víctimas pasivas, borra la historia política del conflicto junto con las filiaciones políticas individuales. La figura del *desaparecido* se transforma en una *idée reçue*, un cliché de la memoria social que al final, puede convertirse en la forma de olvidar de la propia memoria.

En los primeros años después de la dictadura, es interesante observar que los argentinos no querían oír de los sobrevivientes de los campos lo que los había llevado a tener problemas políticos. Las protestas de las Madres de la Plaza de Mayo durante la dictadura consolidaron los derechos de familia y parentesco contra el discurso del estado, creando de esta forma, un "espacio de Antígona," como lo llama sugestivamente Jean Franco.^{ix} Para poder defender sus reivindicaciones políticas, ellas tienen que negar que algunos de sus hijos eran guerrilleros armados. Pero la diferencia entre la izquierda violenta y la política izquierdista no violenta acabó siendo víctima de la ecuación oficial que identificaba toda la

izquierda política a la subversión y terrorismo.^x Como resultado, en Argentina, la figura purificada de la víctima inocente apolítica fue ganando fuerza. Política e historia fueron con frecuencia reducidas al lenguaje de la familia y de las emociones, claramente visible en la formidable película *La Historia Oficial* de Luis Puenzo que se transformó en un éxito internacional, así como en la última película de Marco Bechis: *Garaje Olimpo*.

Con el refuerzo del recuerdo de los crímenes de la dictadura, voces nuevas emergen argumentando a favor de la recuperación de la dimensión política olvidada sobre el destino de los *desaparecidos*. Algunos quieren reconocer la lucha idealista de muchas de las jóvenes víctimas por un mundo justo, enfatizando el carácter activo más que la condición pasiva de víctima, sin justificar el terrorismo de la guerrilla urbana armada. Otros, sin embargo, van más allá. Quieren recuperar una política de la memoria con relación a la identidad política de los militantes y lo hacen bajo la figura de la impunidad.^{xi}

La impunidad pretendida por la dictadura, y lograda según esta versión debido a la amnistía de 1990, es comparable con la impunidad del orden económico neoliberal que en los últimos años ha destruido no solamente a la clase media argentina, sino que ha producido desempleo y pobreza en una escala que ahora está desafiando la propia estructura del país. En esta perspectiva, la visión de la dictadura no es sino un primer paso necesario para llevar el neo-liberalismo al poder y someter Argentina (y América Latina) a las nuevas reglas de la globalización. Algunos sectores recuerdan actualmente a los militantes de la década de los 60 y principios del 70 como héroes luchando contra las raíces de toda opresión – la continuidad de la dominación económica y la explotación por parte del Norte. A pesar de que esta recuperación de la memoria de la militancia de izquierda produjo un corto-circuito reductor en la relación entre los militares y el estado civil posterior, tiene, por un lado, el mérito de romper la ficción de la total inocencia de las víctimas de los *desaparecidos* y, por otro, convertir un problema político en un problema familiar.

Obviamente, Argentina ha alcanzado una nueva fase de discusión en que un olvido público pasado es substituido por una nueva configuración de la memoria y el olvido. Esta nueva postura debe permitir un tributo histórico más correcto sobre el período que condujo los militares a la dictadura. Los avances en las políticas de derechos humanos, encarnados en la figura de los *desaparecidos* y en la condenación moral del régimen militar, son suficientemente fuertes para resistir a la tentación de una falsa memoria de izquierda heroica

que, de cualquier forma, me parece más síntoma de un movimiento de desespero que una versión históricamente sustentable.

IV

Si Nunca más y el proceso contra los generales en 1985 estableció una victoria de los derechos humanos en Argentina, con base en un relativo olvido público, un caso análogo puede hacerse con relación a la Alemania de la post-guerra. En Alemania el reconocimiento de la naturaleza criminal del régimen Nazi dependía de la fuerza de la memoria pública del Holocausto y de la aceptación de la culpa por la guerra.

Evidentemente, la historia contada una y otra vez es que los alemanes ocultaron el Holocausto por décadas hasta que la serie de la TV americana *Holocaust* de 1979 abrió las compuertas a la memoria y permitió un trabajo de bastante éxito a través del pasado con todo tipo de proyectos de historia oral, monumentos públicos, y recordaciones oficiales. Esta historia sencilla que opone represión a la memoria es problemática ya que debates en torno a verdugos y víctimas, culpables y responsabilidad han ocupado historiadores y público en Alemania durante décadas—desde los trabajos de Karl Jaspers en 1946 sobre la cuestión de la culpa y los juicios en el tribunal de Nuremberg, a través de los procesos contra Eichmann y Auschwitz en la década de 60, hasta los diversos debates de historiadores, incluyendo el revisionismo de Ernst Nolte y el controvertido *Hitler's Willing Executioners* de Daniel Goldhagen.^{xii}

Los especialistas han mostrado que la memoria de los crímenes de los Nazi contra la humanidad ya era articulada públicamente en la década de 50, ambos en el ámbito gubernamental, en las iglesias, y de forma difusa en la cultura en general. A partir de este reconocimiento básico del Holocausto como un crimen contra la humanidad se recorre un camino largo y difícil hasta llegar al punto de no ver más el Holocausto y el Tercer Reich como una aberración criminal de la historia nacional alemana, sino como parte integral de esa historia, de la identidad alemana para las generaciones futuras. Decir esto no es lo mismo que decir que Auschwitz era el final lógico de la historia alemana, o en la versión transnacional del argumento, de una modernidad esclarecida *per se*.

Investigadores más recientes (obras de Gesine Schwan y de Daniel Levi y Nathan Sznajder) han documentado esta lucha alemana por la memoria y por un sentido de

responsabilidad civil a lo largo de décadas.^{xiii} Pero inclusive estas nuevas versiones mantienen la historia como sustentada en la oposición *mal* olvido vs. *buena* memoria política. Mi argumento es que la estructura binaria del discurso es en sí reductora porque le falta reconocer la dimensión del olvido público que era central para la victoria de los memorialistas, sobre aquellos que querían el olvido. Como en el caso argentino, algo tuvo que olvidarse en el debate político público para que la memoria política del Holocausto tuviera "éxito" en primer lugar.

Este es pues mi segundo ejemplo de olvido público: con certeza no se trata de un deseo de los alemanes de 'olvidar' el Holocausto, sino más bien del olvido la experiencia alemana con relación a los bombardeos estratégicos de sus principales ciudades, primero por la Real Fuerza Aérea y después también por los americanos, en la II Guerra Mundial. Evidentemente, cualquier comparación entre los casos alemán y argentino tendrá que reconocer una diferencia fundamental: visibilidad pública y documentación. El 'desaparecimiento' deja pocas pistas en el espacio urbano, en cambio todos conocemos las imágenes de los bombardeos de las ciudades alemanas. Entre tanto, los obstáculos para la posibilidad del olvido público parecen ser más fuertes en el caso alemán. Con certeza, en un sentido, la experiencia y los efectos posteriores de los bombardeos nunca fueron olvidados — ni por la generación que vivió las tormentas de fuego, ni por la primera generación post-guerra que creció jugando al cowboy y los indios en las ruinas. Pero en el debate de la memoria pública en Alemania, la guerra aérea contra las ciudades alemanas nunca desempeñó un papel relevante. Fue 'públicamente olvidado' durante varias décadas y como voy a argumentar, por una buena razón.

Entonces el tópico emergió con vigor, aunque muy brevemente, en el debate sobre un libro de W.G. Sebald- su largo ensayo: *Luftkrieg und Literatur* en 1999.^{xiv} Y fue lanzado hacia el centro de la atención pública al final del 2002 con la publicación del *bestseller* del historiador Jörg Friedrich, *Der Brand: Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945*.^{xv} En ambos casos, hubo un desafío a un olvido anterior, aunque de formas significativamente diferentes. Pero juntos, estos dos libros y sus efectos públicos pueden haber alterado la cultura de la memoria alemana de forma irreversible.

Sebald se hizo conocido a principios de 1990, como un escritor de memorias narrativas de un nuevo modo. *Die Ausgewanderten*, una colección de cuatro historias sobre emigrantes judío-alemanes, rápidamente se transformó en un gran éxito, y su novela de 2001 *Austerlitz*,

recibió uno de los más prestigiosos premios literarios en los Estados Unidos.^{xvi} El ensayo de Sebald sobre la guerra aérea, publicada en inglés en 2003 como *The Natural History of Destruction*, es de interés para nuestra discusión sobre el olvido ya que implícitamente cuestiona la relación entre la memoria pública del Holocausto y el olvido público de los bombardeos.

Evidentemente, el Holocausto se mantiene como un marco cero en muchos estudios sobre trauma contemporáneos, por otro lado, es el evento histórico que ha dado forma a la imaginación literaria y ética de Sebald. Sin embargo, si hubo algún trauma para los alemanes durante la II Guerra Mundial, con certeza no fue el Holocausto, sino más bien la experiencia de los bombardeos: cerca de 600000 civiles muertos, un millón de toneladas de bombas solamente de la Real Fuerza Aérea cayendo del cielo en 131 ciudades alemanas, 3.5 millones de departamentos destruidos, 7.5 millones de personas sin casa al fin de la guerra, y todo esto antes de que otros 11 millones de refugiados llegaran en masa del Este.^{xvii}

Sebald comienza por la paradoja de que esta experiencia traumática no parece haber dejado un *Schmerzensspur*, una huella de dolor, en la conciencia colectiva de los alemanes y que nunca desempeñó un papel importante en los debates sobre la constitución íntima de la República Federal.^{xviii} Atribuye este hecho a una represión psíquica colectiva extremadamente eficiente y exitosa.

El autor argumenta que los alemanes de la post-guerra (y parece tener en mente solamente los de la República Federal Alemana) están ligados por el secreto de los cientos de miles de cadáveres en la base del estado nuevo, como si fuera una especie de secreto de familia que nutre el caudal de energía psíquica, tornando posible el milagro económico en 1950. El olvido, en otras palabras, aparece como otra represión alemana a más, hipótesis de represión número dos: después de la represión del Holocausto, en que los alemanes figuraban como verdugos, viene la represión de las bombas, en que los civiles alemanes figuran como víctimas.

El propio Sebald está menos interesado en la psique colectiva de sus compatriotas o en la política de su propia intervención que en la dimensión literaria de esta segunda represión alemana. El autor acusa a los escritores de la post-guerra de no haber conseguido representar la destrucción de las ciudades alemanas, lamentando la ausencia de "una epopeya sobre la gran guerra y post-guerra".^{xix} Parece sugerir que, al final, la literatura debería mostrar un mejor

conocimiento en lugar de concordar con este olvido de una experiencia que debe haber dejado marcas permanentes en la conciencia de millones de personas. Pero las quejas de Sebald no solo se circunscriben al olvido de los hechos empíricos. La literatura de la post-guerra se considera culpable de haber participado en el consenso tácito nacional de ocultar lo que Sebald llama "el verdadero estado de aniquilamiento material y moral" del país entero.^{xx}

A pesar de que el valor de la hipótesis de represión de Sebald sea bastante cuestionable, es la recepción pública del libro de Sebald lo que interesa para mi argumentación sobre una política del olvido público. Muchas revistas criticaron *Luftkrieg und Literatur* como si hiciera parte del discurso de derecha indulgente con los alemanes, tratados como víctimas de los aliados y como si Sebald se propusiera relativizar o inclusive negar el papel de los alemanes como verdugos. Fue una reacción pavloviana que era de esperar por parte de la crítica que simplemente recicla las convicciones liberales de izquierda del pasado, ignorando como la temporalidad del olvido y la propia memoria alemana habían cambiado en las décadas más recientes. El ataque contra Sebald reproduce un tabú político anterior sobre la guerra aérea que apareció primero en la década de 50 y recupera fuerzas en los conflictos generacionales de los 60. En esos tiempos, hablar públicamente sobre la guerra aérea o aún en privado, en familia, estaba inexorablemente ligado al discurso de victimización de los alemanes (alemanes como víctimas de los Nazis primero, después de los bombardeos aliados, y finalmente de la ocupación aliada).

Con frecuencia, hablar de la guerra aérea significaba relativizar los crímenes del Holocausto. Así, el sufrimiento de la guerra aérea estaba invariablemente relacionado a las historias de expulsión del Este que desempeñaron un papel importante en la política de derecha de Alemania Occidental, por lo menos hasta finales del 60 y que ha resurgido recientemente después de la publicación de la novela *Im Krebsgang*^{xxi} de Günter Grass. En las décadas de 50 y 60, la derecha hablaba sobre Dresden y la expulsión, ya la izquierda hablaba de Auschwitz. Ambos sectores mostraron resistencia a la memoria del otro, y esta resistencia recíproca nutrió el conflicto generacional que estaba por explotar por completo en la década de los 60 con el surgimiento de la Nueva Izquierda y la generación contestataria. Sin embargo, es importante recordar, al contrario de lo que Sebald sugiere, que fue el hecho de que los discursos sobre los bombardeos y sobre la expulsión circularan por todos los ámbitos que los tornó familiar a todos los que crecieron en Alemania Occidental en la década del 50, lo que

produjo el tabú cuando se trata de discutir la guerra aérea en primer lugar.

En este debate político, los argumentos de la izquierda eran políticamente legítimos. La noción de victimización de Alemania, vinculada a un discurso nacionalista duradero, era fundamentalmente reaccionaria y debía ser combatida para que el país llegara a un nuevo consenso en lo que concierne al pasado alemán. El precio a pagar por esa victoria fue el olvido de la guerra aérea, el olvido de una experiencia traumática nacional.

Con la publicación de gran éxito: *Der Brand* (El Fuego, La Hoguera) de Jörg Friedrich al final de 2002, el debate alcanzó un nuevo nivel, denotando una alteración en las formas de escape de la memoria en Alemania. En pocos meses se vendieron varios cientos de miles de copias. El libro era reseñado en varios lugares y a su publicación le seguía un torrente de programas documentales en la tv, programa de entrevistas, publicaciones especiales en DER SPIEGEL (*Als das Feuer vom Himmel fiel*) y otras revistas de circulación masiva.

Friedrich, un historiador *free-lance*, conocido por su trabajo crítico sobre la máquina Nazi de guerra y sobre los tribunales post-guerra, aparecía a menudo en televisión, varias veces en diferentes canales en una noche y en el punto alto de este frenesí mediático, parecía que uno no podía pasar una noche de televisión sin ver las bombas cayendo en las ciudades alemanas, las tormentas de fuego arrasando y los sobrevivientes describiendo sus experiencias angustiantes. El libro de 1999, *Luftkrieg und Literatur* de Sebald, que fue el primero en romper el silencio público sobre la guerra aérea y que sirve claramente como una referencia para Friedrich, aparece ahora solamente como un prelude a esta nueva onda de discurso de memoria pública en que la experiencia de una generación mayor de alemanes desapareciendo está siendo transmitida a sus hijos y nietos. Como con Sebald, algunas críticas han movilizado los viejos tabúes contra la narrativa poderosa sobre los bombardeos de Friedrich, pero claramente sin mucho éxito y tal vez ni siquiera con mucha convicción.^{xxii} La memoria de *Luftkrieg* no constituye más un tabú público, ni debería ser. Pero coloca cuestiones históricamente espinosas y me pregunto que usos o abusos se van hacer de esta memoria en el futuro.

Claramente algunas de las estrategias narrativas de Friedrich son susceptibles de crítica. Fue censurado por su tono enfático, su ambigüedad sobre si los bombardeos eran crímenes de guerra, el uso ocasional del lenguaje reservado para el Holocausto (abrigos aéreos como crematorio, tripulación de bombardero como *Einsatzgruppen*, el mismo título del libro

Der Brand se aproxima a la traducción alemana de Holocausto, etc.). Pero sobre todo, hay un amplio entendimiento que éste no es un libro revisionista de los alemanes *como* víctimas, una especie de Goldhagen al revés, tanto como se trata de un libro sobre las víctimas alemanas cuyas experiencias necesitaban reconocimiento y ser absorbidas por la narrativa nacional sobre los años de la guerra y la post-guerra.

Pero con ese tipo de diferenciación, sin embargo, no se va muy lejos. No explica completamente la fascinación que el libro evoca. Su enorme resonancia en Alemania solamente hace sentido a la luz del hecho de aparecer justamente entre el 9 de septiembre de Nueva York y el bombardeo de Bagdad. El libro era evidentemente oportuno en lo que concierne a los debates sobre la memoria alemana. Pero la trama de la guerra de Irak providenciaba un contexto más amplio, y esto intensificó la recepción. El libro incentivó los movimientos pacifistas alemanes precisamente con estrategias para discutir la guerra aérea en términos de una sensibilidad contemporánea anti-guerra y anti-bombardeos, expandiendo de esta forma, la actual resistencia y ofreciendo a la creciente oposición a la guerra de Irak una versión descontextualizada y experimental sobre la historia alemana que hace comparable Bagdad a Dresden, las tormentas de fuego de 1940, así como la campaña de “choque y espanto” de los aliados.

Friedrich no proporciona nuevos datos sobre la historia. Muchos de estos, son conocidos a partir de trabajos de historiadores americanos y británicos y me gustaría añadir, de la literatura de autores tales como Hans Erich Nossack, Alexander Kluge y Hubert Fichte. El poder del libro reside principalmente en la fuerza de su narración que la distingue de una historiografía contextual más distante. La falta de énfasis en el contexto político ha sido una de sus mayores críticas. Al focalizar la experiencia del bombardeo y las tormentas de fuego, amalgamando una descripción anatómica obsesivamente detallada del horror con una reconstrucción enfática de la experiencia subjetiva de sufrimiento, Friedrich conduce el lector directamente al lugar de destrucción, tornando a los alemanes en *voyeurs* de horrores inimaginables que pueden ser visitados en los mismos lugares que hoy habitan.

Así como los límites entre pasado y presente se tornan fluidos, es como si uno compartiera la experiencia misma. Con certeza, todo esto se vuelve imaginable de forma que no se encuentra en trabajos historiográficos anteriores sobre los comandos aéreos estratégicos de los aliados y sus campañas. El lector es cautivado por un imaginario en que las tormentas

de fuego de Hamburgo y Dresden se hacen presente inmediatamente, pronto para ser relacionado con otros conjuntos de imágenes que en breve irán a explotar en la tela de la televisión cuando los bombardeos de Bagdad comiencen. La casi-simultaneidad en las telas de televisión alemanas de los bombardeos de Hamburgo o Colonia con las secuencias de imágenes de las bolas de fuego sobre Bagdad hizo el resto.

Aquí no estoy defendiendo el tabú sobre los bombardeos contra las ciudades y los civiles alemanes. Hoy en día, ante la presencia de un discurso bien sedimentado sobre la memoria del Holocausto en Alemania, no veo justificativa para la continua reluctancia en discutir la experiencia de los bombardeos, su legitimidad, o su utilidad militar. Sin embargo, me opongo a las formas fáciles y auto-complacientes en que el sufrimiento alemán durante la guerra aérea se mezcla con una legítima crítica política a la nueva doctrina del gobierno Bush de guerra preventiva y “democratización” forzada. Siempre hay un inevitable olvido en demasía embutido en tales analogías históricas fáciles.

Cualquiera que sean los méritos del libro de Friedrich, aparte del contexto político de recepción, reconozco que la noción de los alemanes como víctimas o simplemente, las víctimas alemanas, encontrará una resistencia altisonante entre las víctimas de los Nazis y entre las naciones que lucharon contra la dictadura Nazi con gran sacrificio. Visto de fuera, los bombardeos todavía serán juzgados por muchos para legitimar el castigo de la Alemania Nazi. Aunque sea comprensible, esto es, por supuesto, una retrospectiva falsa, que podría impedirnos cuestionar la estrategia de una guerra de bombardeos hoy en día. Hay que colocar la cuestión moral y política de tales bombardeos así como de su inevitable consecuencia desastrosa para los civiles. Claramente, el umbral de la aceptación de los bombardeos civiles ha sido significativamente elevado desde la II Guerra Mundial. Si la versión dramática de Friedrich puede ayudarnos a focalizar esta cuestión en un contexto internacional, tanto mejor. Pero para que eso suceda, debe ser desvinculada de la mentalidad alemana y del discurso de victimización de los alemanes. Una cosa es incentivar la cuestión dentro de Alemania, otra muy diferente, es promoverla en un contexto internacional. La perspectiva es realmente importante.

V

Como en Argentina a partir de 1980, el olvido público en Alemania desde sus primeros

tiempos estaba al servicio de una memoria política que era, en última instancia, capaz de forjar un nuevo consenso nacional, aceptando responsabilidades por los crímenes del régimen anterior. En ambos países, los recuerdos repudiados por razones políticas resurgieron. Resurgieron no solamente como un retorno de lo reprimido, sino como resultado de una nueva amalgama del recuerdo del pasado con un presente político.

Así como la crítica latinoamericana sobre el neoliberalismo y el consenso de Washington presionó los recuerdos de la oposición de izquierda al capitalismo, llevándolos hacia un primer plano (los recuerdos de Allende en Chile serían un otro ejemplo), fue la guerra de Irak que dio a la memoria alemana sobre los bombardeos urbanos su resonancia contemporánea. La ironía en esta danza entre memoria y olvido es, evidentemente, que cuando ciertos recuerdos de interés político como el recuerdo del Holocausto en Alemania y la memoria de los *desaparecidos* en Argentina están codificados en el consenso nacional y se tornan clichés, se han convertido en un nuevo desafío para la memoria viva.

La represión produce inevitablemente un discurso, como nos enseña Foucault. Un discurso memorialista omnipresente, inclusive excesivamente público con una campaña de marketing, puede generar otra forma de olvido, un olvido de agotamiento, diferente de la *mémoire manipulée* de Ricœur como un “ne pas vouloir savoir.” El desafío del agotamiento afecta ahora ambos: la memoria del Holocausto y los recuerdos de la guerra aérea y tal vez hasta la memoria de los desaparecidos. En ese punto es cuando el foco intenso en la memoria del pasado puede bloquear nuestra imaginación del futuro y crear una nueva ceguera sobre el presente. En este punto, podremos desear colocar entre paréntesis el futuro de la memoria para poder recordar el futuro.

Notas

ⁱ Umberto Eco, “An *Ars oblivionalis*? Forget it,” *PMLA* 103 (1988), 254-261.

ⁱⁱ Harald Weinrich, *Lethé: Kunst und Kritik des Vergessens* (Munich: C.H. Beck, 1997).

ⁱⁱⁱ Frances A. Yates, *The Art of Memory* (London: Pimlico, 1966).

^{iv} Paul Ricœur, *La Mémoire, l'histoire, l'oubli* (Paris: Éditions du Seuil, 2000), 543.

^v Para una crítica sobre el binarismo ver Tzvetan Todorov, *Les Abus de la Mémoire* (Paris: Arléa, 1995).

^{vi} Martin Heidegger, *Sein und Zeit* (Tübingen: Max Niemeyer Verlag, 1963), 339 and 345.

^{vii} Para un análisis político más incisivo del desarrollo del discurso sobre memoria en Argentina, ver Hugo Vezzetti, *Pasado y presente: Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina* (Buenos Aires: Siglo veintiuno editores Argentina, 2002). Mi argumento sobre

los cambios en la cultura memorialista argentina le debe mucho al libro de Vezzetti. Ver también Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria* (Madrid: Siglo veintiuno de españa editores, 2002). Un debate enérgico sobre memoria y su política también circula en el periódico *Puentes*, publicado en Buenos Aires.

^{viii} *Nunca más: Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas* (Buenos Aires: Eudeba, 1984).

^{ix} Jean Franco, *Critical Passions: selected essays* (Durham, NC: Duke University Press, 1999), 50.

^x Este modelo recuerda la situación alemana de mediados de 1970, cuando la Facción del Ejército Rojo terrorista fue detonada con la política izquierdista de los llamados simpatizantes y la Escuela de Frankfurt recibió duras críticas por ser considerada mentora de los terroristas. Pero, evidentemente, no hubo golpe militar.

^{xi} Debo este argumento a Hugo Vezzetti, *Pasado y presente* (ver nota anterior).

^{xii} Karl Jaspers, *The Question of German Guilt* (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1978). Daniel Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners : Ordinary Germans and the Holocaust* (New York: Vintage Books, 1997).

^{xiii} Gesine Schwan, *Politics and Guilt : The Destructive Power of Silence* (Lincoln : University of Nebraska Press, 2001).

Daniel Levy and Nathan Sznajder, *Erinnerung im Globalen Zeitalter: Der Holocaust* (Frankfurt am Main: Suhrkamp, 2001).

^{xiv} W.G. Sebald, *Luftkrieg und Literatur* (Munich: Hanser, 1999). Traducido por Anthea Bell (con el acrecentamiento de dos ensayos que no constan del texto original alemán) como *The Natural History of Destruction* (Toronto: Alfred A. Knopf Canada, 2003).

^{xv} Jörg Friedrich, *Der Brand: Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945* (Munich: Propyläen, 2002).

^{xvi} W.G. Sebald, *The Emigrants*, trans. Michael Hulse (New York: New Directions, 1996) and *Austerlitz*, traducción de Anthea Bell (New York: Random House, 2001).

^{xvii} Estas son las estadísticas que Sebald cita, ver *Luftkrieg*, 11.

^{xviii} Sebald, *Luftkrieg*, 12.

^{xix} Sebald, *Luftkrieg*, 6.

^{xx} Sebald, *Luftkrieg*, 18.

^{xxi} Günter Grass, *Im Krebsgang* (Göttingen: Steidl Verlag, 2002). Translated as *Crabwalk*.

^{xxii} Para una compilación de las principales respuestas a Friedrich en Alemania e Inglaterra ver Lothar Kettenacker, ed., *Ein Volk von Opfern? Die neue Debatte um den Bombenkrieg 1940-45* (Berlin: Rowohlt, 2003).